

Gerardo Velázquez / Escuela Superior de Ingeniería Química IPN

Para Janis Joplin Jimi Hendrix

Ayerhoy: I

De pronto ayer,
me nacieron las ganas de correr bajo la lluvia
y formar un charco, un sol, o un sonido,
donde el césped vegeta pensativo

seco
amarillo.

Con el ánimo de pie
y las flechas hacia todas partes,
le lancé el gozo del fondo de mi cuerpo;
te ofrezco mis disculpas porque,
herí también tus gracias

un árbol
una fuente.

(Hoy no)

Ayer,

— ¿recuerdas mediodía? —
con un trébol somnoliento
perseguí una madeja de palabras: hice un poema.
Pobre poema, lo escribí sobre un lecho de cantera,
rosa y verde tres hojas
verde y rosa una hoja.

(Hoy no, tierra,
me duelen las ganas de pisarte un poco,
descansa)

En un rincón de ayer
llovieron vida mis años veintiuno
y planté una flor bajo un nido de luces.

(Descansa amiga,
otro día caminaremos juntos)

|

Primeros brotes: II

Hacedora,
despacio y con cuidado
me fuiste rociando
con tus nubes atentas;
sucedió,
como si llovieran hojas
sobre el árido otoño
de todos los años.
Escultora de la paciencia,
con verde quemado
cincelaste tu imagen

en la reseca piel de mi cuerpo,
y en un principio,
no sé por qué
me sentí niño,
me sentí asustado,
y lloré;
ahora soy,
remanso de río
que descansa en un cauce de carrizo.

En ratos,
por entre mi tatuaje de persiana
se cuelan el aire y el agua,
y en ratos
me refrescan,
me dan ráfagas de vida,
gracias.
Hacedora,
todos los días
me cobijo con tu noche,
y me descanso
y me duermo satisfecho.

A una siempre Elva impuntual: III

Está por llegar
y la espero,
impaciente,
en este nervioso tapete de bienvenida.

Y en ese todo ahí,
de alrededor infinito,
el mediodía de las doce y cuarto
se sienta sin preocupaciones
sobre una calzada de palmeras secas,
aburridas.

Sí,
ya va siendo el momento
de agredir todas las bocas
con un categórico sí entusiasmado;
sí,

porque la invitaré un mil de veces
a cegar sus ojos de distancia
y adormilarse un poco
a la sombra de mi sueño.

Despierta,
están tocando a besos
en la puerta de tu boca.

Con delgadas hojas de nada
subiremos juntos
a nuestra pirámide inmensamente alta,
y mudos,

por el camino nos abandonaron las conversaciones)
entre los filos de una cúspide imprecisa,
nos hartaremos.

No me lo digas,
las imágenes se están cayendo
de las torres de la iglesia de enfrente,
míralas,
también del suelo se caen
y de más abajo;
se están cayendo de recuerdos,
lo sé,
y me preocupan.
Acércate y escucha este corazón:
les reza en silencio.
¡En verdad, lo siento!
No puede rezar a gritos.

Acompáñame un rato,
detente,
pinche nube vagabunda.

Siempre termino arropado
con el rebelde vuelo
de tu pelo;
cómo te quiero
y te quiero,
castaño pájaro tonto
partido en dos mitades inseguras.

¡Pobres manos mías!
Se van quedando invisibles
y no dejan de tocarte;
en rigor,
eres un ruboroso castillo
asaltado por mis tropas de dedos
y de uñas
y de ganas.
Perdóname
este abuso,
esta terquedad,
esta mi mala manera de tratarte.
Perdóname,
porque soy un descarado reincidente
imperdonable.

Apareces,
y torpes
e infantiles
y alegres,
empiezan a chapotear mis miradas
en el charco
de tus ojos.

¡Basta!

Ruidosos viandantes,
por esta vez
les exijo dos horas
de absoluto silencio,
la risueña impuntual
ya está llegando
y llegando.

Al parejo de mi amor, lujuria: IV

Muy de mañana me levanté
sin palabras,
para contemplar
tu desnudez dormida;
encontré, señora mía,
que estás dibujada
sobre una cuadrícula de calles de cantera.

Encontré,
que eres una ciudad
de mediana estatura,
salpicada
ya de panoramas,
ya de Lamadrices,
ya de Portales Ipiña.

En el centro,
—porque tienes una plaza de armas
donde convergen tus sentimientos—
hay un kiosco,
un Palacio de Gobierno,
y en el costado Este
tus dos religiosas torres,
la una rosada en claro,
la otra rosada en oscuro,
platican
almidonadamente
con las cenizas del cielo.

Cada no sé cuando,
tu abundante pelo de agua
se enmaraña
y se desenmaraña
sobre el blanco mate
de la sábana arrugada;
¡qué le vamos a hacer! ,
nada más por tu vanidoso gusto
la Caja del Agua
se quedó sin agua.

Con rigurosa puntualidad
respiras en verde
un verde fresco de Alameda,

y ahí,
donde el ruido se nos olvida siempre,
eres un empedrado
de luces
y de vidrio.

Por el rumbo de Aranzazú
te recoges en recogimiento,
y sueles orar
con tu nuevo rosario de arcadas
y de balaustradas;
mística de celofán,
algunas tardes, en tu estuche de lujo,
vegetas alegre
en el Café La Lonja:
mas yo te quiero vestida
con tu desnudez de anoche.

La noche estuvo llorando
faroles de mil colores:
no lo entiendo, mi vida,
no lo entiendo.

Desmañanado vitrial indiscreto.

quiero jugar el juego
de las explicaciones:
¡Pero ya!

¿Por dónde está entrando
tanto silencio?

Vamos perezosa,
despiértate y mira,
allá a lo lejos
tu encaje de carne
se acurruca en Villerías;
sin embargo,
no te vendrían mal unas bancas,
—exclusivamente para besarnos—
como esas que hay
en la Plaza de los Fundadores.

Aún duermes
mi Bella Durmiente,
y creo que me alcanza mi fiebre
como para contarte
otro sueño
medio colorado.

San Luis Potosí S.L.P. Enero de 1971

Primeros tres versos para tener un descanso: V
(Triángulo)

Me golpeó el viento
porque de la mano
paseaba con su tarde.

Segundos tres versos para tener un descanso: VI

(Zona Roja)

La calle me está guiñando
una indiferencia pintada
de un subido color de rojo obscuro.

Terceros tres versos para tener un descanso: VII

(El Pintor)

. . .y embebido me agarró la mañana
dibujando aquel paisaje
con pedacitos de aire.



Desnudos de noche: VIII

En esta vieja tarde y travieso

un canario de luces
se viene resbalando
desde el horizonte;

y en un como si nada, nos envuelve,
nos da las buenas noches,
y se va a a a a a a
dejándonos atónitos.

Por
el
camino
más
largo,
regresamos.

Yo terminé,
pequeño charco de miel,
por meterme en tus desnudos ojos.

Tengo miedo,
en este día,
me crecen muy lento
tus recuerdos.

Arbusto salpicado
de pecas diminutas,
a cada rato,
subo las escaleras
de tu habitada casa y
platicamos;
ahora,
en esta pobrecilla soledad tan sola,
nos conformamos con solo caminarla y
caminarla,
hasta que solita, solita,
la noche se oscurece
con sólo caminarla

Con frecuencia,
por la calle del antes,
te recordaba
toda.

Recuestas,
en un mullido barandal de no sé dónde
toda tu transparencia de estatua,
y mides,
muy despacio,
todo lo lejos del suelo;
estás,
como queriendo disolver tus nervios
en el color tranquilo del mosaico.
Señora de paja,
ya vuelven en ti los aires,

ya vuelven a desparramarte
por los alrededores;
de todas las partes
desciendes,
sin hacer ruido,
sin molestar a nadie,
como una lluvia amarilla;
bien cargado de paciencia
rejunté todas tus pajas,
y dócil, completamente dócil,
te modelaste en mis manos.
Conocida mía,
casi siempre
corres desnuda
sobre las palabras;
pero en esta noche friolenta,
te has desbocado
sobre un sin fin de círculos y de remolinos.
De nosotros nació una laguna
de agua revue a
g a rev elta
g agua revuelta,
que se fue aclarando, aclarando, aclarando.

Ayer en la noche
entró en mi cuarto
una mariposa blanca
con rayitas rojas.
Estaba medio pequeña,
medio tonta;
pero
voló un buen rato
por mi cuerpo desnudo.

Contando los pasos,
—al fin y al cabo
seguros servidores del amor—
bajamos de nuestro balcón
a los balcones de abajo,
y ahí, señora mía,
después de meditarlo mucho,
bienvestidos,
bienpeinados,
nos bañamos en el amigo bullicio.

En estos últimos días,
me han disminuido
las ganas de entretenerme
con los mismos pasatiempos:
ya no me saben igual.
Todo este día,
descansé mi aburrimiento
sobre una cama desvencijada,

y lo desvencijado
y la almohada
y las cobijas
lo aburrieron más;
ahorita se quedó dormido
pero mañana por la mañana
lo sacaré a dar una vuelta
para que se desaburra un poco.
Nuestro último domingo lo pasamos en el Pa-
lacio de las Artesanías. Llevabas un vestido de
carne, a rayas y más rayas cafés. Casi a la en-
trada y sin ningún preámbulo navegaste en
una carabela de cristal, y yo me quedé en la
orilla, esperando tu regreso entre bolsas de pe-
tate, sombreros de papel, y collares: muchos
collares de paciencia y jade. En la sala de los
presos te veías muy contenta mirando despa-
cio, aquellas carretas tan grandes, tan bonitas,
tan bien hechas. En cada sala había por lo me-
nos una pintura, una escultura, o un motivo
digno de mencionarse; pero a cada discurso
explicativo me hiciste menos caso. Entonces,
por caminos diferentes comenzamos a mirar
las cosas de nuestro agrado. Y mientras tu da-
bas dos pasos, yo daba apenas uno. Cuando te
busqué, te habías largado muy lejos. Aquel
domingo, llevabas un vestido de carne, a rayas
y más rayas cafés: era una cárcel que tenías
bien escondida.

Así,
de la manera más tonta,
nos enojamos,
como en esos pinches cuentos
de color de rosa.

Hace mucho tiempo
—cómo pasa el tiempo—
jugamos cariñosos
sobre un juego de palabras:
tú corrías desnuda
y
en aquella vieja tarde y travieso
un canario de luces
se vino resbalando
desde el horizonte.

Busco un momento para decir poesía, mas sólo encuentro el callado semblante de tus horas: IX

Cuando se aleja el olor de la prisa
casi no quiero voltear a las alturas,

porque siempre estás ahí,
hundiendo mis hombros con tu cielo
y acordándote de mandar la noche
para traerme el habla y decir
cómo has estado.

Ahora callas, sol,
tejes tu risa amarilla por mi cuerpo;
sello dorado proyectando sombras
por el paisaje de cabellos largos
negros,
o cortos
blancos,
o no lo sé.

Desde hace tiempo
te vas
en la caja de los muertos,
te vas
confundiéndote en sus edades;
algunas veces, niño,
señor
señora
niña,
te confundes
me confundes,
pero reconozco esas maneras tuyas
de mover las manos hacia alguna parte:
se detienen,
las recuerdo,
saludan,
las recuerdo,
y se van a pausas
como el velo de los años,
envueltas de oraciones
y de flores amarillas.

Por las tardes,
ausencia,
en tu jardín
en nuestro jardín,
me pongo a leer tus libros arrumbados,
viejos de polvo,
me empolvan la lectura
y me río.

En ese lugar donde se sabe respirar tranquilo,
nos reímos,
nos miramos un poco
y nos perdemos en nosotros mismos.

¿Con un demonio!
¿Dónde estás?
¿Por qué no vienes a decir
presente?



Pastorini 69

Regresa,
desciende,
sol de ausencia,
ven.

¿No te comunica nada
esta pared de deseos de verte?

Es ancha
y grande
como tus alturas.

Me dan dolor las cosas inútiles
y no me aguanto;
a veces, las nubes también lloran. . .

En mis manos se detiene el viento de Febrero,
ese viento de Febrero
de cabellos revueltos
de cabellos reseco
de cabellos amables;
saluda
me acaricia
nos saludamos,
me acompaña
hacemos el amor
nos acompañamos.
Me quedé solo
—le digo—.
Nos quedamos solos
—decimos—.

Y en ese carruaje de soledad y transparencia,
empezamos a caminar
aprisa,
descuidadamente,
por esa avenida de escritura seca
y de palabras.

para Elva e Inés Grunstein

y
Malena Zárate

Respirando otra atmósfera: X

¿Pasa algo?
Todo el mundo pregunta
la hora.

DIECISIETE MINUTOS:

Luces y bullicio
a mi derecha
olor a tranquilidad
a mi izquierda

deambulo en el centro
en línea recta
y sin mirar atrás.

ONCE MINUTOS:

Un goterío
por el viento disminuido
empaña cristal mis
el de anteojos.

NUEVE MINUTOS:

Trinos de espera
entretejen responsos bajo la penumbra
arriba
adentro
abajo muy adentro
siempre del lado tranquilo.

CINCO MINUTOS:

Carrereos de búsqueda en los rostros
vienen con andar cansado
preguntan
mi voz la modula el ambiente
árido
gris
frío
en constante descenso
de hoy
mañana
siempre.

DOS MINUTOS

PARA LAS SEIS DE LA TARDE:

respondo
al gentío
ávido de respuestas.

MINUTO CERO:

Entre las décimas
de mi último segundo
miles de dudas
martillean en mi cerebro.
Pregunto.
Nadie contesta.
Y mi paso
mi lento paso
se hunde en un bosque
de añejos ahuehuetes.
Y tiempo
el corre.
¿Aprisa? ¿Espacio?
No lo sé.
Nunca lo supe.
Ahora respiro nueva atmósfera
de callada quietud.